

# Crónica Cervantina

Revista literaria y bibliográfica • Organo de los Admiradores de Cervantes

Redacción: Rbla. Prat, 8, p<sup>al</sup>.  
Teléfono 72.041  
Administración: Balmes, 54

DIRECTOR:  
D. JUAN SUÑÉ BENAGES

Suscripción trimestral:  
España: 3 ptas. Extranjero: 3,75  
Número suelto: 1 peseta

## Nuestro grabado

Es el facsímile de la portada de la segunda edición del *Quijote* impresa en Valencia en 1605 por Pedro Patricio Mey, y la séptima en el orden cronológico de impresión. Su formato es igual que el de la primera edición del mismo impresor valenciano, o sea en 8.º pequeño con 16 hojas preliminares sin numerar y 768 páginas numeradas.

Don Leopoldo Rius, al describirla en su *Bibliografía*, dice: «Edición exacta a la inmediata anterior. En rigor, podría considerársela, tal vez, como

otro ejemplar de una misma edición: tan leves son las diferencias tipográficas que las distinguen».

Nosotros somos de parecer contrario de lo que dice aquí el padre de la bibliografía cervantina, porque podemos afirmar, después de haber hecho un pacientísimo cotejo de ambas ediciones, que las variantes que se notan en sus páginas se cuentan por centenares; sólo en la dedicatoria, prólogo, versos preliminares y tabla, hemos encontrado 43, y en los diez primeros capítulos, las que van a continuación:

### PRIMERA EDICION DE VALENCIA

| Pág. | Capítulo I                              |
|------|-----------------------------------------|
| 2    | «que en este sobredicho»                |
| 2    | «con tanta aficon y gusto»              |
| 5    | «ydolo... que era todo el horo»         |
| 6    | «tomadas de orin y llenos de moho»      |
| 6    | «La tornó a hacer de nuevo poniéndoles» |
| 8    | «y msa quando halló»                    |
| 9    | «mucho dl suyo»                         |

### Capítulo II

|    |                                       |
|----|---------------------------------------|
| 9  | «abuscos que mejorar»                 |
| 10 | «lo fuesen mas que un <i>armiño</i> » |
| 15 | «no vos lo digo»                      |

### Capítulo III

|    |                                |
|----|--------------------------------|
| 20 | «era <i>proprio</i> y natural» |
|----|--------------------------------|

### Capítulo IV

|    |                            |
|----|----------------------------|
| 38 | «y estoy aquí tendido»     |
| 39 | « <i>cansó</i> le el mozo» |

### SEGUNDA EDICION DE VALENCIA

| Pág. | Capítulo I                                     |
|------|------------------------------------------------|
| 2    | «que este sobredicho»                          |
| 2    | «con tanta afición y gusto»                    |
| 5    | «ydolo... que era todo <i>de oro</i> »         |
| 6    | «tomadas de orín y llenas de moho»             |
| 6    | «La tornó a hacer de nuevo <i>poniéndole</i> » |
| 8    | «y <i>mas</i> quando halló»                    |
| 9    | «mucho <i>del</i> suyo»                        |

### Capítulo II

|    |                                       |
|----|---------------------------------------|
| 9  | «abusos que mejorar»                  |
| 10 | «lo fuesen más que un <i>armiño</i> » |
| 15 | « <i>non</i> vos lo digo»             |

### Capítulo III

|    |                               |
|----|-------------------------------|
| 20 | «era <i>propio</i> y natural» |
|----|-------------------------------|

### Capítulo IV

|    |                            |
|----|----------------------------|
| 38 | «estoy aquí tendido»       |
| 39 | « <i>cansó</i> se el mozo» |

| Pág. | Capítulo V                        |
|------|-----------------------------------|
| 41   | « <i>dana</i> unos suspiros»      |
| 42   | «se iba <i>dondo</i> al diablo»   |
| 43   | «el Cura y el Barbero»            |
| 45   | « <i>Abren</i> vuestras mercedes» |
| 45   | « <i>Mira</i> en hora maça»       |

|    | Capítulo VI                          |
|----|--------------------------------------|
| 48 | «caballero andante»                  |
| 49 | «dió con <i>ello</i> por la ventana» |
| 51 | «diría <i>orra</i> cosa»             |
| 56 | «desdichas que no versos»            |
| 47 | « <i>llorarlas</i> yo dixo el Cura»  |

|    | Capítulo VII                 |
|----|------------------------------|
| 59 | «dormido, ellos admirados»   |
| 60 | «y aposento y dexava»        |
| 62 | «su <i>mguer</i> y hijos»    |
| 62 | «razonable <i>cautidad</i> » |
| 62 | «de día y hora»              |
| 62 | «ponerse en <i>camio</i> »   |
| 63 | «los rayos <i>dl</i> sol»    |

|    | Capítulo VIII                      |
|----|------------------------------------|
| 65 | « <i>acertáremos</i> a desear»     |
| 66 | «enriquecer, esta es buena guerra» |
| 68 | «Pérez <i>de</i> Vargas»           |
| 71 | « <i>leyes d</i> cavallería»       |
| 73 | « <i>Sancon</i> Pança»             |

|    | Capítulo IX                      |
|----|----------------------------------|
| 80 | «que a mi <i>parece</i> faltava» |

|    | Capítulo X                                                            |
|----|-----------------------------------------------------------------------|
| 91 | « <i>hillas</i> y unguento»                                           |
| 94 | «ni <i>qrras</i> tú hazer mundo nuevo»                                |
| 94 | «no sé ni he caído en las reglas d la profesión <i>cavalleresca</i> » |

Por estas variantes puede afirmarse, sin temor alguno, que son distintas las dos ediciones valencianas impresas por Pedro Patricio Mey en 1605, y que no corresponden, ni pueden corresponder, como supone don Leopoldo Rius, a una misma tirada los ejemplares conocidos entre los bibliófilos por la diferencia que existe en los mismos, en el reclamo de la segunda hoja: *La* y *Al* que señala Salvá. Así lo ponen de manifiesto las ciento treinta y cinco discrepancias, ortográficas unas, indubitables erratas otras, y algunas por constituir una

| Pág. | Capítulo V                        |
|------|-----------------------------------|
| 41   | « <i>dava</i> unos suspiros»      |
| 42   | «se iba <i>dando</i> al diablo»   |
| 43   | «el Cura y el Barbero»            |
| 45   | « <i>Abran</i> vuestras mercedes» |
| 45   | « <i>Mirá</i> en hora maça»       |

|    | Capítulo VI                           |
|----|---------------------------------------|
| 48 | «caballero <i>andanre</i> »           |
| 49 | «dió con <i>ellos</i> por la ventana» |
| 51 | «diría <i>otra</i> cosa»              |
| 56 | «desdichas que en versos»             |
| 57 | « <i>lloráralas</i> yo dixo el Cura»  |

|    | Capítulo VII                 |
|----|------------------------------|
| 59 | «dormido y ellos admirados»  |
| 60 | «y aposento <i>dexava</i> »  |
| 62 | «su <i>muger</i> y hijos»    |
| 62 | «razonable <i>cantidad</i> » |
| 62 | « <i>del</i> día y hora»     |
| 62 | «ponerse en <i>camino</i> »  |
| 63 | «los rayos <i>del</i> sol»   |

|    | Capítulo VIII                         |
|----|---------------------------------------|
| 65 | « <i>acertaramos</i> a desear»        |
| 66 | «enriquecer que esta es buena guerra» |
| 68 | «Pérez <i>d</i> Vargas»               |
| 71 | « <i>leyes de</i> cavallería»         |
| 73 | « <i>Sancho</i> Pança»                |

|    | Capítulo IX                       |
|----|-----------------------------------|
| 80 | «que a mi <i>parecer</i> faltava» |

|    | Capítulo X                                                             |
|----|------------------------------------------------------------------------|
| 91 | « <i>hilas</i> y unguento»                                             |
| 94 | «ni <i>querras</i> tú hazer mundo nuevo»                               |
| 94 | «no sé ni he caído en las reglas de la profesión <i>cavalleresca</i> » |

lección enteramente distinta, o dígase notorias variantes, que, gracias a la labor de pacientísimo cotejo, hemos advertido en su lectura. En síntesis, dedúcese, del examen y resumen que se ha hecho de las variantes que contienen entre sí ambas ediciones, que la mayor corrección y pureza de texto, aunque muy relativa para un libro clásico, está en favor de la presente edición, la cual, a pesar de no estar exenta de manchas y lunares que la afean, enmienda y corrige muchos errores que se deslizaron en la primera.



## Algunas notas biográficas para ilustrar la vida del doctor Cortejón y Lucas

**N**O es mi propósito hacer aquí un estudio analítico de la labor realizada por este insigne varón durante el tiempo que estuvo al frente de la cátedra de Retórica y Poética (más tarde convertida en Preceptiva Literaria), y en la de Historia general de Literatura en el Instituto de Barcelona, pero sí dar a conocer algunas notas biográficas del que fué en su tiempo uno de los cervantistas más doctos y más ilustrados de España y del extranjero.

Este sabio catedrático y maestro en bien decir, nació en Meco (Madrid), pueblo cercano a la cuna de Cervantes, el 23 de noviembre de 1842. Cursó el bachillerato en el Instituto de Guadalajara, donde el 13 de Junio de 1862, alcanzó el grado de bachiller en Artes con la nota de sobresaliente. Pasó luego al Seminario del Escorial para seguir la carrera eclesiástica, alcanzando en reñidas oposiciones, una de las 66 becas creadas por Felipe II, ordenándose de presbítero el 6 de junio de 1868. Estimulado por el afán de saber, matriculóse en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central donde se graduó de licenciado el 1 de abril de 1871.

El 7 de septiembre de 1877 ingresó en el profesorado oficial, y el 17 de octubre del mismo año, en vista del expediente de oposiciones a la cátedra de Retórica y Poética, vacante en nuestro Instituto por la muerte del ilustre retórico y docto cervantista don José Coll y Vehí, fué nombrado catedrático numerario de la misma.

El 13 de febrero de 1880, la Academia Filosófica-Científica de Santo Tomás, fundada por el obispo de Barcelona, le nombró socio de número de la misma. Al finalizar el mismo año, junto con los catedráticos don Joaquín Rubió y Ors, don José de Somoza y Llano, don José Campo y Rodríguez, don Manuel Milá y Fontanals y don Manuel Garriga y Nogués, formó parte del Tribunal presidido por don Francisco Bonet y Bonfill, actuando de secretario, encargado de juzgar las oposiciones a tres plazas de Auxiliares en la sección de Letras de este Instituto, verificándose la votación para otorgarlas, el 19 de febrero de 1881, en esta forma: don Antonio Balaguer, seis votos contra uno. Don Federico Schwartz: aprobado por unanimidad; y don Magín Verdaguer, por cuatro votos contra tres, por cuya votación fueron proclamados Auxiliares los mencionados señores.

El 13 de abril del mismo año, siendo Rector don Julián Casaña, la Comisión ejecutiva del Certamen que esta Universidad e Instituto había organizado para conmemorar el segundo Centenario de la muerte de don Pedro Calderón de la Barca, en unión de los catedráticos don José Ramón de Luanco, don Ramón Coll y Pujol, don José Balari y Jovany y don Cayetano Vidal de Valenciano, le nombró para formar parte del Tribunal encargado de fallar las composiciones en prosa remitidas al expresado certamen.

La Comisión Directiva de la Exposición Universal de Barcelona, eligióle el 16 de agosto de 1888, miembro del Jurado de recompensas de la agrupación relativa a la Enseñanza en general. En la citada Exposición, el Jurado internacional de premios, le concedió medalla de oro y diploma por sus interesantes *papeletas sobre el Quijote de Avellaneda* y otras obras.

El 5 de noviembre de 1892 verificó los ejercicios de grado de Doctor en Filosofía y Letras con la nota de Sobresaliente, expidiéndosele el título el día 16 de enero de 1893.

El mismo año de 1892 presentó al Consejo de Instrucción Pública, su «Nuevo Curso de Retórica y Poética con ejercicios prácticos y trozos escogidos», cuya obra, favorablemente informada por la Sección primera del citado Consejo, le fué comunicado en 15 de agosto del precitado año, por el ministro de Fomento, que le servía de mérito para ascender en su carrera.

En 25 de junio de 1894, fué elegido por unanimidad, académico de número de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, leyendo su discurso de entrada, el día 16 de abril de 1899, del que entresacamos este párrafo: «No encuentro otra solución que la de consagrar este discurso a *rendir homenaje, más que de profundo respeto, de admiración y hasta de entusiasmo, a los amantes, no platónicos, que en tierra catalana ha tenido la lengua que por antonomasia llamamos de Cervantes*».

El día 18 de diciembre de 1895, fué nombrado Director del Instituto de Barcelona, tomando posesión del cargo el 12 de enero de 1896, continuando al frente del mismo, con general aplauso de profesores y estudiantes, hasta su muerte.

Con motivo de honrar la memoria del ilustre don Pablo Pífferrer, profesor que fué del Instituto



de esta capital, se le encargó el discurso necrológico, que leyó en el salón Doctoral de la Universidad, el día 30 de octubre de 1898, siendo felicitado oficialmente por tan meritorio trabajo, por don Manuel Durán y Bas, Rector entonces de nuestro primer centro docente.

El 25 de febrero de 1897, el Colegio de Profesores de Cataluña le nombró socio honorario, y en 21 de enero de 1900, leyó el discurso de la sesión inaugural de la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción, de la que también era socio honorario.

El día 23 de abril de 1903, de las prensas de Pedro Ortega, de esta capital, salió su interesantísimo trabajo intitulado «La Coartada o demostración de que el Quijote no se engendró en la cárcel de Argamasilla de Alba». Este trabajo fué el segundo publicado referente a Cervantes y a sus inimitables obras, puesto que ya el 30 de abril de 1889, dió a la luz «Algunos secretos del lenguaje y estilo del Don Quijote», trabajo en el que aparece como un gran estilista de la lengua castellana, y un profundo conocedor de las bellezas que encierra la mejor novela de nuestra literatura.

En los primeros días del año 1905 publicó el folleto de propaganda de la primera edición crítica del Quijote, su obra cumbre, cuyo primer tomo, de los seis que la componen, vió la luz el 25 de abril de 1905; y los cinco restantes, el 26 de mayo de 1906, 30 de agosto de 1907, 31 de mayo de 1909 y 16 de marzo de 1911, respectivamente. El tomo VI y último, con motivo de su muerte, fué terminado por el autor de estas notas y por don Juan Givanel Mas, viendo la luz pública el 30 de junio de 1913. También publicó los siguientes trabajos cervantinos: «¿Corrigió Cervantes algunas de las ediciones del Quijote impresas en Madrid por Juan de la Cuesta?» (Barcelona, 1907). En el mismo año dió a la luz «Duelos y quebrantos», o sea un comentario a una nota de la primera edición crítica del Quijote. En 1909 dió a la estampa «Elementos de la Historia general de la Literatura», en cuya obra se lee una breve e interesante vida de Cervantes, y al año siguiente, los trabajos «Examen del texto de la edición príncipe» (Segunda parte), y «El Duelo en el Quijote».

No soy yo el más indicado de juzgar estos interesantísimos trabajos, ni hacer un detenido análisis de la labor benedictina realizada por el Dr. don Clemente Cortejón en su edición crítica del Quijote, por la razón de haber yo colaborado en ella desde el principio hasta el fin, pero sí puedo decir que esta obra es el más grande monumento que se ha levantado a la maravillosa y sin par no-

vela, a cuyas inagotables canteras desde que fueron descubiertas, han acudido, acuden y acudirán, cuantos han pretendido o pretenden purificar el inmortal texto cervantino.

Y no es extraño que en la declinación de su vida intentase dar a la publicidad obra de tal magnitud, quien al frente de su cátedra, en sus discursos y en las cartas familiares, demostraba que estaba saturado de la savia cervantina. En todas sus obras didácticas, exceptuando «El Dios de Moisés» y la «Epístola de Horacio a los Pisones», salen con frecuencia en sus páginas, como llevados de la mano, ejemplos escogidos del siempre verde y florido jardín cultivado por el inmortal genio de la antigua Compluto. Flores escogidas de él son varios pasajes que se leen en su «Retórica y Poética», «Perceptiva Literaria», «Arte de componer en lengua castellana» y «Elementos de Historia general de la Literatura».

Puede decirse, sin rebozo alguno, que los trabajos de don Clemente Cortejón y las enseñanzas que daba en la clase de Literatura a sus discípulos, fueron el acicate que despertó el cervantismo, no sólo en Cataluña, sino en las demás regiones españolas. A su celo infatigable se debe que don Eduardo Vincenti presentara al Congreso de los Diputados, en los días primeros de abril de 1904, una proposición encaminada a que en todas las escuelas primarias de España se obligase como libro de texto de una edición especial del Quijote adaptada al cerebro y al corazón del niño; y entre sus razonamientos en defensa de su petición dijo: «También tiene aplicación en los Institutos la obra de Cervantes, y a este propósito debo referiros lo que hube de presenciar en el de Barcelona».

No ha mucho tiempo, con motivo de la celebración de la Asamblea pedagógica que allí tuvo lugar, no todo ha de ser hablar mal de la enseñanza, de la función y del funcionario, fuí a visitar el Instituto, pregunté qué clase había en aquel momento, me dijeron que la de literatura que dirige el sabio sacerdote y cervantista peritísimo señor Cortejón; entré en ella, y, ¿sabéis el espectáculo que presencié? Los alumnos alrededor de una mesa amplia, cada uno con una edición distinta del Quijote, según iba leyendo uno de los alumnos, los demás iban diciéndole las diferencias que había en las demás ediciones del Quijote que tenía cada uno en la mano. Si así se enseñase, no sólo literatura, sino todo en España, dentro de diez años la generación habría variado por completo. Es digno de notar este hecho por verificarse en Barcelona, allí donde parece, señores, que en



momentos determinados, espíritus extraviados no rinden el debido culto a la patria. En Barcelona, en su Instituto, el *Quijote* es un libro de texto, y se venera a Cervantes, que no fué ciertamente el que inventó la prosa, pero que tal prosa hizo, con tal valentía y con tal donaire manejó el idioma, que la lengua castellana se llama lengua de Cervantes.»

Esto me recuerda una carta que le dirigió en abril de 1905 el entonces ministro de Instrucción Pública, en la cual le decía que con motivo de conmemorar el tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, procurase que los alumnos del Instituto tomasen parte en las fiestas culturales que para tal fin se habían de celebrar. A la citada carta Cortejón contestó con otra muy respetuosa, diciendo al ministro que lo que le mandaba lo hacía todos los años desde que tomó posesión de la cátedra, el 23 de abril, aniversario de la muerte de Cervantes, en cuyo día dedicaba la clase a su memoria, haciendo leer a los alumnos más aventajados, trabajos alusivos al príncipe de los ingenios españoles que con anterioridad les había encargado. Este mismo criterio observó en las fiestas del centenario; y para que ellas resultaran más brillantes, abrió un concurso cervantino para otorgar dos premios, consistentes con el título de Bachiller a los mejores trabajos, resultando premiados los presentados por Juan Esteve-Llach Barret y José Bolós Aprile.

Pero una de las solemnidades, de la que guardarán eterno recuerdo cuantos asistieron a ella, fué la que presidió don Rafael Rodríguez Méndez, Rector entonces de la Universidad, en la que tomó parte el sabio catedrático don Clemente Cortejón, quien disertó sobre el tema: «Acerca de lo que no es el *Quijote*».

Comenzó el conferenciante elogiando a Cataluña por su decidido empeño en conmemorar la aparición del «Ingenioso Hidalgo» y congratulándose de que dicha idea hubiese partido del magisterio catalán. Ocupóse de la afirmación que han hecho algunos escritores de que Cervantes, autor del inmortal *Quijote*, nació en Alcázar de San Juan en 1558, por el hecho de haberse encontrado en una de sus parroquias, una partida de bautismo que así lo declara, diciendo el conferenciante que si el tal Cervantes fuese el padre de la novela sin par, resultaría que cuando tomó parte en la batalla de Lepanto, dada el 7 de octubre de 1571, su edad no pasaba de los trece años. Que es imposible que el regocijo de las Musas sea el Cervantes nacido en Alcázar de San Juan, lo cual se demuestra en un documento que dice: «Yo,

Miguel de Cervantes Saavedra, natural de Alcalá de Henares, el que suscribe, se declara autor del *Ingenioso Hidalgo*».

Tampoco, siguió diciendo el señor Cortejón, se engendró el *Don Quijote* en la cárcel de Argamasilla de Alba, como afirman algunos críticos, entre los cuales se cuenta don Eugenio Hartzenbusch, a quien debemos respetar todos a pesar de reconocer algunas de sus muchas exageraciones. Si la citada obra inmortal se engendró en alguna cárcel, hubo de ser en la de Sevilla y no en Argamasilla donde no había establecimiento alguno para recluir a los presos hasta después de la muerte de Cervantes, en que se destinó al efecto la al presente, famosa casa de Medrano.

Pasó el conferenciante a ocuparse de las varias ediciones del *Quijote*, diciendo que ninguna de las innumerables impresas, reflejan el manuscrito de Cervantes, el cual seguramente se extravió en la imprenta donde se imprimió por primera vez, cuyo editor, Francisco de Robles, lo compró a su autor por unos cincuenta duros, y lo imprimió en su establecimiento tipográfico, situado en aquella época, en el sitio donde hoy se halla el hospitalillo del Carmen en la calle de Atocha de Madrid.

Los historiadores, añadió el Dr. Cortejón, hicieron justicia al mercader Francisco de Robles, que fué el más gitano de todos los que lucraron con las producciones de los que se dedicaban a las labores literarias. La verdadera edición del *Quijote*, aquella que contenga el texto de Cervantes, ha de publicarse aún. La que publicó Hartzenbusch, de acuerdo con la Academia de la Lengua, tengo la seguridad de que en nada se parece al manuscrito de Cervantes. Urge que algún literato se imponga esta meritoria labor porque Cervantes es el autor español más rico en palabras y frases.

Ya se ha dicho que tan benemérito cervantista hizo resurgir el cervantismo en Cataluña; así lo declara un alienista tan ilustre como fué el Dr. don Emilio Pi y Molist en la introducción de los «Primeros del *Don Quijote*», de la cual entresacamos lo siguiente: «El primer móvil de este trabajo fué una invitación, sobrada lisonjera para mí, de un amigo tan querido como respetable. El catedrático de Retórica y Poética en el Instituto provincial de Barcelona, señor don Clemente Cortejón, presbítero, cuya generosidad me ha agasajado más de una vez con presentes literarios de mucha estima, al hacerme el de un ejemplar de las «Bellezas de Medicina práctica descubiertas por don Antonio Hernández Morejón en el Ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra», me pidió que le manifesta-



se, a lo menos escribiéndole una carta sencilla y lacónica, lo que me pareciese, no sólo sobre este folleto, sino principalmente sobre la materia de que trata.

A no dudarlo, uno de los lazos que más han afirmado nuestra amistad es la afición y el amor que ambos tenemos a Cervantes y sus obras, y muy especialmente, como se deja suponer, a su obra maestra, el *Don Quijote*; de manera que, en el sentido discreto en que ha de entenderse la denominación de pertenencia a una parcialidad literaria que los aficionados y amadores del insigne ingenio honrosamente se aplican, bien podemos los dos llamarnos *cervantistas*. El, sin embargo, me lleva una ventaja, entre otras muchas, y es, que no encierra su noble afecto dentro de los límites de lo puramente ideal, y casi diré contemplativo, antes lo suelta y dilata por el vasto espacio de la realidad visible, pues con diligencia y ahinco de ferviente bibliófilo, y no sin dispendio mayor del que puede presuponerse sobre la depreciación del buen papel literario en la plaza, donde apenas si se cotiza, ha juntado hasta doscientos ejemplares de otras tantas ediciones del *Don Quijote*, nacionales y extranjeras, económicas y lujosas, cuáles enriquecidas por la erudición, cuáles ornamentadas por el buril y el pincel, y estimable alguna como bizarro alarde del arte tipográfico...

Como, además, mi amigo en sus estudios, actos académicos y conversaciones familiares, de cualquier hecho, noticia o palabra pertinente, y aun de toda ocasión toma pie, ahora para discurrir sobre el *Don Quijote*, ahora para procurar con sus razonamientos que los interlocutores, entrando en materia que parece proponerles, departan y discutan con él sobre éste que bien parece su tema favorito.»

En efecto, el docto Cortejón, era un verdadero enamorado del libro Rey, y se amparaba en él en cuantas ocasiones se le ofrecían; así no es extraño que fuese consultado sobre Cervantes y sus obras, y a veces sobre tal o cual palabra. Recuerdo que en junio de 1909, fué consultado si se debía escribir *piso para alquilar*, o bien *piso por alquilar*; y como la tal pregunta le pareció que envolvía un examen de ingenio, contestó lo siguiente:

«Barcelona, 16 de junio de 1909.

Señor Don Eduardo Aymamí.

Muy estimado señor mío: Acude usted a mí con motivo de la discrepancia surgida en ese Centro sobre la frase: «Piso para alquilar». Ante todo debo decirle que soy hombre de un solo libro: del *Quijote*; y, como en él no aparece lo que pa-

ra ustedes se ha convertido en objeto de acalorada discusión, estimo oportuno valerme de aquel ingenioso medio que empleó el sabio Maestro Fray Luis de León, cuando elegido árbitro en la contienda mantenida entre tres de sus amigos sobre cuál de ellos había traducido con más acierto la oda de Horacio: «*Oh Navis*», optó por hacer una nueva versión; y escribiendo donosamente les dijo: «Yo a mi vez quiero ser marinero; ahí va, pues, mi *navis* con rumbo a ese puerto de la amistad».

«Ahora bien, imitando tan hermoso ejemplo, me embarco, pero con rumbo incierto.

Si las calles de la gran República de las Letras se hubiesen tirado a cordel, a modo de las de nuestro Ensanche, en ellas, como en éste, todo sería uniforme con la monótona uniformidad, es cierto, propia de la línea recta; pero, al fin, sin tortuosidades, sin callejuelas, sin encrucijadas como las de las urbe antigua.

Más las cosas no salieron como se deseaban, como apetecen los descontentadizos autores de gramáticas filosóficas; y todo porque el arte ideal de la Gramática no se escribió antes que los hombres comenzasen a hablar, sino después, mucho después, pasados largos siglos, cuando los hombres sin reglas, sin leyes que encaminasen sus pasos, habían hecho ya mil recodos en el habla, sin cuidarse, añadimos, poco ni mucho de alinear las sinuosidades que aquí, allí, en todas partes, presentaba el campo del lenguaje, sin suavizar sus asperezas, sin ponerle al abrigo de los vientos que los escrúpulos puristas de los árcades del bien decir levantarían muy luego.

Debidos en gran parte esos accidentes a lo movedizo del terreno, al capricho de los pueblos, a la pasión del que habla, al modo con que cada uno aprecia las cosas, se hizo y sigue haciéndose poco menos que imposible señalar con fijeza el lugar en que están, junto con las modificaciones que en éste, en aquél, en esotro caso puedan sufrir. Tanta es la variedad de sus matices. De ahí la eterna querella de los gramáticos y el que no sea dado definir dogmáticamente cuál debe tenerse, fuera de las casos notoriamente heterodoxos, por doctrina verdadera, y cuál como opinable. En una de estas dos especies cae la frase propuesta. En verdad, cuando la preposición *por* va cogida de la mano de ciertos infinitivos, no se le infiere ofensa si para sustituirla llamamos a *para*, porque entonces, haciendo veces de cariñosa hermana, no hay quien note la diferencia. ¿Quién no ve en estos ejemplos de Cervantes lo fácil de substituir el servicio de la una por el de la otra?



«Y, por tener qué reir aquella noche, determinó de seguirle el humor.» (Quij. I, cap. 3.) «Subieron a caballo, y diéronse priesa por llegar a poblado.» (Quij., I, cap. 10.) «Alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía.» (Quij., I, cap. 20.)

Mas como las preposiciones tengan su poquito de amor propio, por no decir orgullo, se sienten molestadas cuando otras vienen a reemplazarlas, aun siendo en compañía del infinitivo y aunque pertenezcan a la misma familia; y si no protestan ruidosamente, se quejan en voz baja del poco respeto y consideración que se les guarda: tal sucedería en estos dos ejemplos sacados también de la inmortal novela si nos empeñamos en escribir para donde Cervantes quiso que permaneciese por con carácter inamovible. «Voto... que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera a todos cuantos mentirosos escuderos hubiere.» (Quij., I, cap. 37.) «estoy por creer que este mi lacayo no lo es.» (Quij., II, cap. 56.)

Por los ejemplos que van citados se ve que no cabe tirar una línea a cordel en esto que llaman uso de las preposiciones.

De un joven aristócrata que entretiene su vida en el ocio, en la disipación, y que si no ha pasado todavía por las puertas de la bancarrota está muy próximo a ellas, de ese joven, permítase repetirlo, decimos: «le quedan muy pocas fincas por vender». Luego el por representa aquí un acto no realizado aún, por lo cual fuera impropio y pugnaría con la buena costumbre del habla, escribir: son muy pocos los bienes que le quedan para vender, más cuando se decide a ello, entonces decimos: «ya están en venta.»

En Madrid, en ese cogollo de la meseta central, si es lícito hablar de este modo, todos los coches de punto llevan una tablilla (que se alza o baja según que han alquilado o no el vehículo), en la que se leen estas palabras: «Se alquila», frase que en la Corte anda muy repetida, como en estos anuncios: «Se alquila el sotabanco»; «se alquila un cuarto interior»; «se alquila la cochera.» «Piso 3.º, se alquila.»

Hasta aquí mi modesto trabajo; más allá hay un tribunal de alzada: la Real Academia Española, a la que, sin mortificación del amor propio sometido este mi humilde parecer.

De V. suyo affmo., s. s. y capellán,

CLEMENTE CORTEJON

La carta que se acaba de transcribir y la que se copia a continuación, son dos pruebas eloquentes que demuestran cuán difícil era coger al

doctor Cortejón en un mal latín continuado, porque era de aquellos que, dotados de gran ingenio, dan la respuesta a medida de la pregunta: véase la que dió a D. Luis de Dalmases en una epístola fechada el 28 de octubre de 1910.

«Muy distinguido señor mío: No he de acudir a la monoseada excusa de las ocupaciones, ni aún a la, en cierto modo admisible, del peso de los años, para declinar la honrosa designación con que el Comité de Defensa Social me acaba de distinguir. Mas como a esa entidad no se le contesta fríamente, que esto fuera un desaire, entiendo que debo justificar el por qué de la no aceptación.

Bien sabe que el Colegio de Médicos de la provincia de Madrid celebró el año del Centenario del Quijote una sesión solemne para conmemorar la aparición de la sin par novela. Lo que no puedo asegurar es si V. se fijaría en que de cuantos discursos se leyeron allí, sólo dos merecían los honores de repetida lectura. ¿El de Cajal? Ni pensarlo; ¿por qué? Porque no tenía la suficiente preparación para hablar de modo que su trabajo no desencajase del cuadro de aquella fiesta.

¡El Rey de los anatómicos hablar de la psicología del Quijote!

En cambio Oloriz, que sólo es príncipe en Anatomía, como desde niño tuvo loca afición a las aventuras del amo y del escudero, estaba en condiciones para juntar en uno la ciencia que profesa y el libro de Cervantes; por eso su discurso está a cien codos de altura sobre el de Cajal, y la misma peroración de Gómez Ocaña, que no es rey ni príncipe, es un encanto en comparación de la muy empingorotada del sabio, en su terreno, Ramón y Cajal.

Pero yo, que en lo que a Balmes se refiere no soy, valga la analogía, ni un Oloriz, ni un Gómez Ocaña, sino un pobre sacerdote, cuyo entusiasmo por el ilustre vicense no corre parejas con el concienzudo estudio que ha de tener quien, después de las «Dos palabras» de Menéndez y Pelayo, pretenda hablar nuevamente del más esforzado de los campeones de la Iglesia española en la primera mitad del pasado siglo; yo, repito, no me hallo con fuerzas para tarea semejante.

Lamentando, pues, no serles útil en esta ocasión, queda de Vdes., suyo affmo. amigo y capellán, q. l. m. b.

C. CORTEJON.»

El sabio catedrático no se desdeñaba bajar de las cumbres de saber para departir y enseñar con una llaneza que le granjeaba las simpatías de todos sus alumnos, de quienes decía, en el seno de la



amistad, que no eran lo que se llaman santos, ni tampoco más malos que el malo, aunque si algo traviesos y atrevidos. Un día, uno de estos, hoy médico distinguido, que junto con otros le ayudaban a cotejar las ediciones del *Quijote* para anotar las discrepancias que había entre unas y otras para hacerlas constar en su edición crítica, se le ocurrió hacer una caricatura del venerable Cortejón, poniendo al pie de la misma los siguientes versos :

«El D. *Quijote*,—libro gigante,  
Nos lleva al alma—contentamientos...  
Que no se escape—ni una variante,  
Tened cuidado—estad atentos.»

No hay para qué decir, que tanto estos versos, como la caricatura, que pasó de mano en mano de los demás alumnos de la clase, fueron reídos y celebrados por todos. Lo supo el sabio Maestro y se dió maña para que la graciosa caricatura fuese a parar a sus manos, la cual, una vez en su poder, llamó a su autor, y en vez de incomodarse con él por su travesura, le rogó que se la dedicase. Así lo hizo el émulo de Apeles y escribió la siguiente dedicatoria :

«Al propio D. Clemente Cortejón, gran quijotimano y catedrático, su un si es o no entreverado discípulo», y la firmó con su nombre. De esta manera trataba el que era un verdadero apóstol de la enseñanza a sus traviesos alumnos.

Autoridad tan reputada en achaques cervantinos como D. Ramón León Mainez, hablando de Cortejón, dijo que fué el maestro de los cervantistas españoles. En el mismo concepto le tenía Menéndez y Pelayo, quien con motivo de la publicación del tomo primero de su edición crítica del *Quijote*, propuso a la Academia Española le nombrase académico correspondiente, proposición que fué aceptada por unanimidad; añadiendo el insigne polígrafo, en elogio del sabio catedrático, que la «Epístola de Horacio a los Pisones», bastaba para colocarle entre las grandes figuras que registra la historia de los humanistas españoles.

Otra obra que perpetuará su nombre es el «Arte de componer en lengua castellana», la que, escrita en festiva y admirable prosa debieran tomar por modelo cuantos se dedican a escribir en castellano y los que traducen de otras lenguas, a los cuales dice: «Traducir no es interpretar por modo aproximado la mente de un autor, sino hacer pasar las bellezas de una lengua a otra, decirlo con los mismos primores, vestirlo con iguales arreos con que Virgilio y Horacio lo hubieran adornado, caso de traer a nuestra idioma lo que el poeta de Mantua y el cisne de Ofanto cantaron en el suyo

propio. Que sea este uno de los más acertados y ventajosos procedimientos de que han de valerse los que apetezcan caudal de voces y giros, cosa es que parece estar fuera de toda suerte de duda. Volver a otra lengua las obras inmortales de los clásicos, esas en que se halla contenida la sabiduría de un pueblo, equivale a conquistar, por así decirlo, con la punta de la espada, lo santo, lo sabio, lo poético, lo filosófico, lo moral, de las grandes literaturas; a luchar cuerpo a cuerpo con eminentes artistas; arrancar de sus obras el color local, el matiz que dieron a las palabras, según el lugar que ocupan en la oración, la unidad, número y gracia que del sobredicho artificio literario recibieron, el genio del idioma, para decirlo de una vez. Así aprenderemos que el castellano puede ser conciso vertiendo a Tácito; grandilocuente, si a Cicerón; lleno de vida al trasladar las narraciones de César.

Tales exploraciones filológicas, esa especie de manipulación crítica del lenguaje, no puede menos de conducir a la región esplendorosa donde se encuentra, junto al significado primitivo y esencial de las voces, el efecto literario que un idioma alcanza bajo el reinado de los buenos escritores, bajo la pluma de los maestros en bien decir.

Aun ciñéndonos a la traducción *rigidamente literal, brutalmente literal*, como decía con mucho ingenio uno de los más celebrados en nuestra patria, el éxito no podrá menos de coronar tan generosa tentativa. Quien la acometiere sin preocupaciones, sin prejuicios de escuela, topará con la diferencia de construcción entre uno y otro idioma, con la índole propia de los vocablos; verá en qué se asemejan, en qué son opuestos, y cómo de tarea por extremo humilde sale el enriquecimiento de su inteligencia; un nuevo caudal de voces y de frases en las que no había parado mientes, y un dominio en el arte de componer que nunca pudo sospechar.»

Pero donde Cortejón revela conocer todos los secretos de la lengua castellana, es en las mismas páginas de la citada obra, donde pregunta: ¿Puede escribirse sin verbos? Y añadir luego: «Si hay una lengua en la que el nervio del discurso, el verbo, no esté encarnado en una palabra, porque a todas les sea indiferente pertenecer a esta categoría, a la de los nombres adjetivos, o a la humilde condición de partícula; si en esa lengua se estima la palabra como ecuación algebraica, esto es, como enunciación abstracta del acuerdo o disconveniencia entre el sujeto y el atributo; si sólo entran en ella frases cortas, como en el hablar de los niños, sin gala ni primor, porque se juzga



como un lujo del alma embellecer y variar la expresión; si hay una lengua, como la de los chinos, compuesta de palabras secas, monótonas, áridas, en su mayoría monosilábicas, que diríase repercuten como golpes de martillo; en ese caso bien se puede escribir sin verbo, imponiendo al entendimiento el trabajo de sobreentenderlo, o tomándose la libertad de pedir explicación a quien habla, para evitar equívocos y anfibologías, ya que una palabra tiene la misteriosa virtud de representar a la vez todas las partes de la oración.

En castellano sólo es posible esto por breves momentos, o como alarde de ingenio para mostrar la grandeza de nuestro idioma. No aconsejamos, pues, que se use tan singular artificio en un libro entero. Pase como honesto recreo, como juguete en que se vea lo castizo del lenguaje, su riqueza en giros y modismos y cómo en ciertas frases da a la oración la fuerza y elegancia que le roban la monotonía engendrada por la repetición del verbo. Sea ejemplo:

Sr. D. Victoriano Fuentes.

Muy señor mío: Empresa sólo para una vez, por lo difícil, y de otro lado, empresa sin mérito y hasta completamente inútil, la de una segunda carta sin verbos. (Alusión a otra carta sin verbos que había escrito antes). ¡Abajo, pues, los escritos de semejante condición! Y ¡adelante, adelante! vosotras, cartas sencillas, candorosas, y sin artificio de ninguna clase, como hijas del entendimiento lugareño; mas con todo eso simpáticas en medio de vuestra rustiquez y aldeanismo. Lejos por tanto de mí, estimadísimo amigo, los afeites, los torneos y primores literarios tan ajenos de un cura de aldea, como del objeto de esta mi epístola. Y después de todo ¿a qué tan falsos dijes en una felicitación de días? Todo menos eso, pero mi entusiasta enhorabuena, así a usted, como a su amado nieto, vivo retrato de un joven del siglo XIX, mancebo, según vocablo de nuestros clásicos, no menos famoso por su elegancia en el vestido, por su discreta diplomacia en saludos y plática, como por su prodigalidad en finas atenciones, lo mismo con los habituales paseantes del Parque y calle de Fernando, que con el obscuro empleado de... Si, mi bendición a entrambos, al abuelo y al nieto; pero lo más santo de esta bendición para el alma de usted, palacio de la fe y de la caridad; para usted, mil veces más venerable que por sus canas, por su vejez pura y casto recogimiento; por sus virtudes, resplandores del cielo, y por sus rezos, desvelo de sus noches, ocupación del día, entretenimiento de las fiestas y fiesta de sus pascuas.

Después de ustedes dos, para nadie mejor que para su nieta un recuerdo, quizá inoportuno, de este vano escrutador de misterios impenetrables. Cariñosas memorias, pues, a esa niña, alegría de sus padres, vida y dulzura de su hermano, personificación de la prudencia en el trato de sus amigas, delicia, en fin, de los moradores de esa casa, asilo juntamente de regalada mansión de muy nobles y escondidas virtudes. ¡Gallarda vida la suya! si, envidiable por todo extremo y muy en armonía con los ensueños de su dulce ideal; ideal en verdad indescifrable y misterioso, así a los presumidos de su conocimiento, como a los ojos del profano vulgo; ideal siempre recóndito, ya en sus demostraciones de aversión a la estéril vanidad femenil (hija de Eva y heredera universal de sus pasiones), ya en la misma representación de aquel maravilloso semblante de Nuestra Señora de Lourdes en el inaudito espectáculo de su inefable aparición a la sencilla Bernardita.

Ninguna noticia más agradable para mi amigo D. Mamerto, después del imparcial juicio sobre sus hijos, que la noticia de mi último hallazgo: un libro áureo con tantos diamantes como palabras, con no menos donaire que el buen Sancho; con un estilo galano y seductor por lo castizo; libro, en suma; sin género de encarecimiento, el más lindo y discreto en su clase, por tanto, el más adecuado para las tareas de nuestra humilde y reducida Academia, y no poco útil también para venganza de los tuertos y desaguizados de algunos descomedidos caballeros contra la hermosa Dulcinea, nuestra lengua: la hermosa lengua de Cervantes.

¡Memorias y alusiones para todos en general! ¿Y nada de particular para mi excelente amigo el Sr. D. Juan Pacheco? ¡Ah! para este señor, el más delicado de mis recuerdos y la promesa de mi perpetuo afecto.

Don Victoriano, indicio cierto del fin de esta carta, la conclusión del papel, pero no del mucho afecto hacia usted del más devotísimo, si bien el último de sus amigos.

C. C.

De Vallecas, a 22 de Diciembre de 1882.

También brillaba Cortejón, como astro de primera magnitud, por el espacioso cielo de la oratoria sagrada, siendo este el motivo de que a sus sermones, que se pueden llamar tratados de elocuencia sacra, acudían a oírlos, las clases más cultas de Barcelona. Entre los varios sermones que recuerdo, es el que predicó el día 15 de Mayo de 1880, en la iglesia de Santa Ana de esta ciudad, en la solemne función dedicada a San Isidro La-



brador, por el Instituto Agrícola Catalán. El predicado en la solemnisima fiesta dedicada a Ntra. Sra. de la Esperanza, sufragada por el Colegio de Corredores Reales de Comercio, el día 18 de Diciembre de 1881, en la Basílica de Santa María del Mar. En la misma iglesia el primero de Enero de 1900, en la fiesta que se celebró con motivo de la entrada del siglo, pronunció un elocuentísimo sermón que fué oído por los intelectuales de Barcelona. También es digna de notar la elocuente oración pronunciada en San Agustín en la fiesta que celebraron los notarios en honor de su Patrón, San Raimundo de Peñafort. Y por último, el sermón predicado en la iglesia de Montesión en la suntuosa fiesta que nuestra Universidad dedica todos los años a Santo Tomás de Aquino, que fué un modelo de oratoria sagrada. Estos sermones, entre los varios que predicó, recuerdo asistí a oírlos. El día de la Purísima de 1911 estaba encargado de predicar en la Catedral Basílica, pero su muerte, ocurrida el 22 de Noviembre del mismo año, nos privó de oír su último sermón, cuyo tema era *Jerusalén*.

Prolijo sería señalar aquí el fruto aportado en pro de la enseñanza durante el tiempo que estuvo al frente de su cátedra el maestro en bien decir, ya que fué mucha y provechosa para la juventud que asistió a sus clases; así que me limitaré a señalar la que realizó en los diez y seis años que dirigió nuestro Instituto.

A él se debe que la estrecha acera que tenía la Universidad en la fachada de la plaza de su nombre se convirtiera en la anchurosa que hoy tiene; que las vías del tranvía, que pasaba a unos dos metros de las puertas de aquellos centros docentes, con peligro de ser atropellados los escolares que entraban y salían de los mismos, se cambiaran al sitio que al presente ocupan. Tan importante reforma, que no pudieron lograr o no la quisieron hacer los rectores universitarios, la consiguió el Dr. Cortejón gracias al apoyo que le prestaron los entonces tenientes de alcalde don José Mir y Miró y don Julio Marial, ambos republicanos. A él se deben también algunas de las reformas existentes en el interior del edificio, como son las salas de Dibujo y Física y la puerta que da al jardín, al cual dotó de bancos de mampostería para reposo y solaz de los estudiantes.

Uno de sus anhelos, que no pudo ver realizado, fué que el Instituto de Barcelona tuviese local propio. Para este fin hizo las gestiones que estuvieron en su mano cerca de nuestra Diputación y de cuantos ministros de Instrucción Pública pasaron por aquel ministerio durante el tiempo que estuvo

al frente de su dirección, para que se levantase donde el rey Amadeo colocó la primera piedra, o sea en la Ronda de San Pedro.

Con motivo de la muerte de tan benemérito varón, fundador (no don Hermenegildo Giner de los Ríos como han pretendido algunos políticos) del Instituto de Segunda Enseñanza para la mujer, ocurrida, como se ha dicho ya, el 22 de Noviembre de 1911, nuestro Excmo. Ayuntamiento, quiso honrar la memoria del sabio catedrático, acordando en sesión pública celebrada el mismo día de asistir a su entierro.

He aquí lo que estampó «El Progreso» del 25 de Noviembre del citado año sobre tal acuerdo:

«Una nota altamente sentimental y simpática dió nuestra corporación municipal al levantarse ayer, ya de madrugada, la sesión.

El digno jefe de la mayoría radical, nuestro respetable amigo señor Serrallara, propuso que constara en acta el sentimiento de la corporación por el fallecimiento del ilustre catedrático don Clemente Cortejón, que asistiera al acto de su entierro una delegación del Ayuntamiento y que comisione al alcalde para que haga oficiosamente las gestiones necesarias para que pase a ser propiedad de la ciudad la preciosa colección de ediciones del «Don Quijote» que el doctor Cortejón deja en su biblioteca.

Se asociaron a lo propuesto con sentidas palabras, los señores Lluhi, Nualart, Mir y la Presidencia.

Se acordó todo lo propuesto, y además, que asistiera la banda al acto del entierro del cadáver, como así lo efectuó.»

Y añadía el mismo periódico reseñando el entierro:

«Puede decirse que iban, además, todos los estudiantes y las alumnas del Instituto de Segunda Enseñanza para la mujer, del cual fué fundador y era director don Clemente Cortejón.

Acompañaba a esas señoritas, que se han rebelado contra la costumbre yendo al entierro por amor y consideración al sabio, la señora secretaria de la entidad.»

«El Diluvio» decía:

Don Clemente Cortejón, fuese por su carácter o porque el trato continuo con gente joven lo motivara, era alegre y expansivo y dotado de gran cultura; estaba animado de tal espíritu tolerante que puede afirmarse que era un cura liberal.

Era excelente profesor, y la asignatura de Retórica y Poética, la conocía profundamente, enseñándola de una manera acabada. Entusiasta por Cervantes, conocía tan profundamente el «Quijo-



te», que publicó un concienzudo trabajo sobre tan maestra obra.»

De «El Liberal» entresacamos las siguientes palabras:

«La figura del primer cervantista español había adquirido en España tal relieve que nos excusa hacer de ella todo reflejo. Pero en Barcelona se conocía esta figura más de cerca por haber desfilado por su cátedra millares de catalanes que hoy ostentan títulos diversos.

El doctor Cortejón ha sido popular a nuestras generaciones y su ciencia era codiciada por los mismos estudiantes, muestra plena de que el bueno don Clemente ejercía la cátedra sabiendo hacer compatible la severidad de su alto cargo con el afecto que se necesita para el trato con los escolares del Instituto.

Y el doctor Cortejón sabía como nadie descender de las cumbres del saber para departir y enseñar con una llaneza que le granjeaba todas las simpatías y exteriorizaba sus bondades con un afecto natural y desinteresado hacia todos sus discípulos.

Es impresión general que Cortejón ha muerto víctima de un exceso de trabajo, pues ni las cuatro cátedras que diariamente daba en el Instituto, ni la canongía que hace un año le otorgó el Gobierno por sus méritos de cultura, le han apartado de su labor predilecta: el estudio y comentario de Cervantes, especialmente la gran obra maestra sobre el «Quijote», que queda muy adelantada.»

Parecidos elogios dedicaron al sabio difunto, en largos artículos, el «Diario de Barcelona», «El Correo Catalán», «La Publicidad», «El Noticiero Universal», «La Vanguardia», «La Tribuna», «La Actualidad», «Nuevo Mundo» y otros periódicos que no se citan aquí, porque bastan los títulos de los anotados y los párrafos copiados de los tres primeros, para demostrar que los desvelos del doctor Cortejón por la enseñanza, le valieron el respeto y la veneración de todas las clases sociales de esta culta capital. Mas a pesar de todo esto, hoy sólo se recuerda el esclarecido nombre del docto y eminente cervantista cuando se lee en las portadas de sus obras.

El Gobierno premió la intensa labor del sabio maestro en pro de la enseñanza, con la encomienda de la Orden de Alfonso XII, y por Real Decreto de 13 de Diciembre de 1910, le nombró canónigo de nuestra Catedral Basílica, de cuyo cargo tomó posesión el 9 de Enero del año siguiente. En cambio la culta Barcelona, la ínclita Barcelona, como él la llamaba, nada ha hecho para perpetuar su memoria. ¿Es que no es merecedor, como Juan Boscán, que nuestro Ayuntamiento le dedique una calle, por modesta que sea, puesto que a otros con menos méritos y títulos que el sabio catedrático, se la han dedicado?

Tienen la palabra nuestros respetables y cultos concejales.

JUAN SUÑE BENAGES

## Transmisión a «El Norte de Castilla»

En Madrid, «Los Amigos de Cervantes» callan; en Barcelona, «Los Admiradores de Cervantes» asóciase a la petición de la Cruz de Alfonso XII para don Narciso Alonso Cortés

*Carta abierta para don Juan Suñe Benages, director de la CRÓNICA CERVANTINA y presidente de la última entidad cervantesca.*

**A**DMIRADO correligionario cervantino y dueño: Al recabar para el «El Norte de Castilla» y para el catedrático don Antonio Royo Villanova la honra y prioridad en aquella propuesta que, merced a la bondad del señor Villanueva, director de «El Liberal», comenté en las columnas de este popular diario matritense, muy complacido, con toda la alegría de mi alma, contesto a la entusiasta adhesión de Vd. y sus amigos en honor de don Narciso Alonso Cortés.

Me parece muy bien hacer extensivo el homena-

je a «don Antonio Rubió y Lluch, patriarca en Cataluña de la letras castellanas, académico de la Lengua por partida doble, literato insigne y docto cervantista». Mas como no soy autoridad competente, desearía, mejor dicho, deseo supeditarme a la opinión del docto catedrático aragonés y de la ilustre mentalidad que dirige el citado diario vallisoletano, pareciéndome de perlas sus decisiones y acuerdos.

Hemos perdido, para la concesión de la cruz de Alfonso XII, la coyuntura que brindaba el



santo del Rey. Si se exceptúa un contingente de amigos particulares, no es de sorprender que «Los Amigos de Cervantes», de Madrid, guarden silencio.

Con ser tan radiante y esplendoroso el nimbo con que la Fama endiademada la frente venerable del anciano que Vd. patrocina y muchos intelectuales, ¿para qué sirvieron nuestras firmas, tiempo ha, en pro de un homenaje? ¡Cosa fácil, firmar como en barbecho; obra de romanos, ejecutar y llevar a la práctica recompensas patrióticas! Esta desesperanza no es óbice para persistir en *desfacer entuertos* su devotísimo amigo,

q. l. e. l. m.,

AURELIO BAIG BAÑOS

Madrid.—Tetuán de las Victorias, 2-VI-1930.

Sobre el contenido de esta carta, para que todos los cervantistas, tanto españoles como americanos y de otros países, sepan el verdadero móvil que guió a su autor, séame permitido declararlo aquí.

El 25 del pasado Enero recibí una postal del docto cervantista don Aurelio Baig Baños y un número de «El Liberal», de Madrid, correspondiente al día 23 del mismo mes, en el que había publicado dicho señor, un meritísimo artículo, tan bien escrito como razonado, dirigido a «Los Amigos de Cervantes» de la Corte, en el sentido que solicitasen del Gobierno la cruz de Alfonso XII para don Narciso Cortés, sabio catedrático de Literatura e ilustre director del Instituto de Valladolid, maestro en bien decir y benemérito cervantista. En la postal que recibí acompañada del artículo, me recomendaba encarecidamente que acogiese la idea. Contestéle que tanto yo como los «Admiradores de Cervantes» de Barcelona, que tienen mucho de Alonso Quijano, y como él saben defender lo justo, santo, noble y equitativo, se asociaban con cariño a la justa y noble petición que tan admirablemente exponía en «El Liberal».

Como se ve en el encabezamiento de su carta, el señor Baig Baños, se duele, y no le faltan motivos para ello, de que en Madrid «Los Amigos de Cervantes» guarden silencio respecto a la honrosa petición que hace para que se conceda al ilustre director del Instituto de Valladolid, la cruz de Alfonso XII; en cambio se maravilla de la buena acogida que ha tenido entre los «Admiradores de Cervantes» de Barcelona, de cuyo hecho no hay para qué maravillarse, por la razón de tratarse de verdaderos cervantistas y no de los puramente llamados platónicos. Por lo que toca a esta respetable clase de cervantismo y de cervantistas, propensos siempre a figurar en socieda-

des, que bien podrían llamarse de hombos mutuos, y no otro nombre, los «Admiradores de Cervantes», se atienen al sabio refrán que reza: «no es todo oro lo que reluce», por tener la certeza y estar convencidos, de que cuando se despojan de los relumbrantes ropajes y oropeles con que suelen vestirse en solemnísimas fiestas y en pomposas excursiones, todo lo que a la vista parecía de oro, se trueca en simple alquimia.

Muchos son los cervantistas, que podríamos llamarles de ocasión u oportunistas, porque sólo saben que Cervantes escribió el *Quijote* y no han pasado de las páginas de la maravillosa novela, más allá de «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme.» Digo esto por experiencia y por estar aún en mi memoria las suntuosas fiestas que se celebraron con motivo del tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*, en las cuales salieron más cervantistas que lectores tiene el libro inmortal. Y cabe preguntar: ¿Qué fruto se sacó de tantos rimbombantes discursos que se pronunciaron en las mismas? Ninguno por cierto. En cambio los cervantistas anónimos, los que no figuraron en ninguna recepción oficial y se quedaron en sus casas escribiendo sobre Cervantes y sus inimitables obras, dieron todo lo provechoso que recuerda aquellas pomposas y memorables fiestas.

Hecha esta pequeña digresión, que ruego perdonen los lectores, vuelvo a repetir y a ofrecer al señor Baig Baños todo el apoyo moral y material de los laboriosos «Admiradores de Cervantes» y de sus buenos amigos de España y América, para que vea realizados sus laudables y meritorios propósitos de alcanzar se otorgue al literato insigne y docto cervantista, don Narciso Alonso Cortés, la cruz de Alfonso XII. Para fines como el propuesto por el ilustre articulista, y recoger y aprovechar las aguas que hoy corren a la ventura por el extenso y ameno campo del cervantismo, y conducir las por sólidos y anchos cauces, con el fin de que sus fuerzas reunidas den abundantes y opimos frutos, los «Admiradores de Cervantes» se constituyeron y fundaron la «Crónica Cervantina», cable seguro que utilizan para ponerse al habla con todos los cervantistas del mundo y reunirlos espiritualmente en apretado haz.

Tal es el fin a que aspiran estos émulos de Alonso Quijano, deplorando que sus esfuerzos no sean estimados como debieran serlo, no sólo en la meseta de Castilla, sino en todas las regiones españolas que hablan la hermosa y dulce lengua de Cervantes.

JUAN SUÑÉ BENAGES



# ¡Cómo se juzga a Cervantes!

**E**L que sin más títulos ni otra riqueza que su inimitable y festiva pluma ha merecido ser llamado, al través del tiempo al par de príncipe de los ingenios españoles, rey del habla castellana, regocijo de las Musas, escritor alegre y en lenguaje y estilo único, y que al gallardo y vigoroso idioma español se le dé el dulce nombre de *Lengua de Cervantes*, resulta, al fin y a la postre, que fué un *mediano y descuidado escritor* a quien se debe corregir a cada paso. Digo esto a los lectores, porque no es todo oro lo que reluce en las obras del que su nombre ha ido pasando de gente en gente y de pueblo en pueblo, sobre todo por medio de su maravillosa y sin par novela llamada *Don Quijote*. Yo creo que los que tantas alabanzas prodigan a esta obra y a su famoso autor, la desconocen en su primitivo original, porque de no ser así, estoy seguro que habrían visto en ella más defectos que bellezas. Su valor literario, cuando salió de las prensas de Juan de la Cuesta, se limitaba a ser un libro de circunstancias, que, auxiliado de las mismas, andando el tiempo y debido a la protección de hombres ilustres, ha merecido ser considerado como el mejor libro de la literatura castellana. ¿A quién se debe este milagro? A los que desinteresadamente le han corregido, limado y purificado a su gusto y manera. Muchos son los literatos que le han enmendado y corregido, y que dicen a los lectores, para que no reparen en los desafueros cometidos en el venerado texto cervantino, que la edición del *Quijote* por ellos enmendada es la mejor de todas. No quiero citar aquí todos los nombres de tan ilustres varones; bastará sólo el del ilustrísimo señor Rodríguez Marín para que vean si es verdad lo que digo.

Este académico, y por ende bibliotecario perpetuo de la Academia Española, con una modestia que le honra, dice en el prólogo que puso al frente de la edición publicada por «La Lectura» en 1911: «Fácil será a cualquiera probar cuánto gana en esta edición, respecto de todas, el texto del libro cervantino, cotejando detenidamente algunos párrafos con la que tuviere por más estimable.»

¿No dicen claramente estas palabras que se acaban de copiar que mucha parte del valor literario que hoy tiene el maravilloso *Quijote* se debe, más que a Cervantes, a sus correctores? Verdad es que él fué quien lo engendró y parió su pluma, mas no pasó de ser un engendro imperfecto. La perfección de la sin par novela, más que a su autor,

se debe al ínclito y nunca bien alabado señor Rodríguez Marín, incansable recopilador de cantares y refranes, quien, si se da crédito a las alabanzas de sus amigos, sabe más cosas tocantes a asuntos cervantescos que el sabio Merlín, puesto que en tal materia da ciento y raya al famoso encantador y a su esposa Urganda la Desconocida, quienes fueron unos pobres diablos en comparación al famosísimo académico de la que *Limpia, fija y da esplendor*, a cuyo amparo se le pueden tolerar los desafueros por él cometidos en el inmortal texto del libro de todos los pueblos y tiempos, y que diga, en sus caprichosas notas, con el desenfado en él peculiar, que el gran ingenio complutense no escribía con la debida claridad.

A este fin van encaminadas las notas que van a continuación, pertenecientes a la primera parte. En la que estampó al fin del capítulo VII, dice: «Con mucho desaliño escribió Cervantes el final de este capítulo. En los ocho renglones postreros hay seis ques.» Así es, en verdad, y hace muy bien el señor Rodríguez Marín en señalar tan notables incorrecciones, con lo cual demuestra, o quiere demostrar en esta nota, que es un atildado purista y un digno representante de la Academia Española. Sólo quien ostenta tan dignamente al primer cuerpo literario de España, puede echar en cara al artista de la palabra las tales repeticiones, y escribir en la página X de su prólogo que precede a la mencionada edición, en seis renglones, las mismas veces el que que tanto censura a Cervantes.

Y no es ésta la única vez que le tilda de mal escritor, porque son muchos los pasajes de la obra que se permite tales desahogos, por cuyo motivo señalaré aquí unos cuantos para muestra. En la página 17 del tomo I, dice en nota: «No entráos, como leyeron malamente Clemencian y algún otro, sino entraros, en infinito, como antes «*citar a Horacio*» y «*acudir luego con...*» Es lo que Cervantes tenía que hacer para salir de su atranco.»

Al comentar en la página 227 el epígrafe del capítulo X, que gracias a Cortejón, a quien tan injustamente fustiga a cada paso, sabe como reza en las primeras ediciones, y de la manera que se enmendó en la edición que publicó la Academia Española en 1780, dice: «Se ve patente una nueva muestra del descuido de Cervantes y que los epígrafes de los capítulos se añadieron ya escrita la obra, sin volver a leerla para ello siquiera con mediana atención.»



En la página 229, donde se lee «Y a fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo», puso en nota: «Hoy diríamos, ahorrando dos *ques*: «y a fe que si lo hacen, primero que salgamos de la cárcel nos ha de sudar el hopo.»

Al comentar «y así, anulo el juramento en lo que toca a tomar dél nueva venganza», dice con aire de dómíne en la página 238: «O sobra *cuanto*, o sobra *lo que*. Quizá Cervantes, enmendando, añadió en el borrador lo uno y se olvidó de tachar lo otro.»

«Por parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería», se lee en la página 244, cuya lectura no es del agrado del comentador andaluz, por cuanto hace saber en nota: «Mejor que *pose-sivo*, *positivo*.»

Sobre el contenido de las tres primeras líneas de la página 250, dice: «O sobran las palabras en ellos, o sobran estas otras: en *aquella venturosa*.»

«Pues ¿en cuántos le parece a vuestra merced que podremos mover los pies? replicó Sancho Panza», allá en la página 13 del tomo II, cuya lectura tampoco satisface al perpetuo bibliotecario de la Academia Española, quien dice en nota: «Mejor se diría que *no podremos*. Y todavía mejor si preguntase: Pues a los cuántos...» Dios y Cervantes perdonen esta nota al crítico andaluz y la Academia se la tenga en cuenta.

«Y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja a la de don Quijote», aparece estampado en la página 31. Tampoco la redacción de esta cláusula es del gusto del descontentadizo comentador y académico, por cuyo motivo hace saber a Cervantes que «hoy diríamos: *daba, o llevaba ventaja a la de don Quijote*.»

En la página 36, comentando las palabras «porque presumía muy de hidalga», dice: «Hoy diríamos *presumía mucho de hidalga*.» ¡Y qué orondo y satisfecho debió quedar después de escribir esta nota, el que ha conseguido, engalanándose con plumas ajenas, se le tenga como el primer cervantista!

Otro pasaje que no escribió bien Cervantes es éste de la página 50: «¿Qué tengo de dormir, *pesia a mi*, respondió Sancho...?» Según el sabio andaluz, en esta cláusula «sobra la *a* de *pesia*, que no es la misma preposición que inmediatamente sigue, y había de decirse *pese a mi*, o *pesi a mí*. Aquí pueden exclamar los lectores como Cervantes: «¡Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras, Timbrio aquí, Febo allí, tirador

acá, médico acullá, padre de la Poesía, inventor de la música...!», porque bien merece esta alabanza quien descubre que la interjección *pesia* de esta cláusula debe convertirse en el verbo *pesar* y leerse *pese a mi*, o *pesi a mí*, y en el capítulo LXVIII de la segunda parte dice, sin acordarse que escribió esta nota, debe ser la lección, *pesia* tal.

En la página 139 se lee: «La Torralba, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien, *mas* que nunca le había querido.» También el famoso comentador andaluz hizo su correspondiente nota en este pasaje, y por cierto de muy mal gusto en un mediano escritor, pero a él, como académico, se le puede tolerar que diga: «Casi todos los editores modernos del *Quijote*, y con ellos el señor Cortejón, acentúan este *mas*, sin darse cuenta de que aquí *mas* que no es sino *locución conjuntiva* equivalente a *aunque*. Y sólo entendiéndolo así hace buen sentido la cláusula; que *no* la tiene el decir *más que nunca le había querido* de quien no le había querido jamás.» Así es como este académico da lustre y esplendor a la Academia Española, convirtiendo el adverbio *más* en la conjunción adversativa *pero*. ¡Pobre Cervantes, y cómo te corrigen cuando no te entienden!

«Mas los que pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer después que a él allí le hallaron, no fueron más que estos que aquí se siguen.» Para el crítico y monarca del cervantismo español, esta cláusula de la página 328 del mismo tomo II, es defectuosa, por cuyo motivo arremete contra ella en esta forma: «En solos dos renglones, *pudieron, pudiese, hallar, hallaron*. ¿Cabe prueba más clara de que Cervantes no limó, o limó muy a la ligera, la mejor de sus obras?

Al comentar en el capítulo XXXI (pág. 145 del tomo III), que Sancho «sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso», y que «no la había visto en toda su vida», sin echar de ver que tales palabras salen de la boca del taimado escudero que cree prudente no declarar al cura y al barbero que Dulcinea es Aldonza Lorenzo, dice en tono de dómíne el señor Rodríguez Marín en nota: «Aquí se olvida Cervantes de aquello que había hecho decir a Sancho en el cap. XXV: que la conocía bien; que era moza de chapa, que tenía una voz que se oía de más de media legua, etc.» ¡Y cómo sabe interpretar los pensamientos ajenos el ínclito comentador andaluz!

En la página 319 del mismo tomo (cap. XXXVII), el que un tiempo se llamó el Bachiller de Osuna escribió la siguiente nota, cuyo contenido es para mí un caos de confusión, puesto que dice: «Hasta



ahora, solamente en la edición de Mayans había leído «*Quítense de delante*», y todas las demás omitieron la preposición *de*, copiando a la edición príncipe, que la omitió mecánicamente, por seguirse otro *de*, primera sílaba *de delante*.» Perplejo y confuso me tiene esta nota, tanto, que espero de la cortesía del señor Rodríguez Marín diga a cuál adición se refiere, porque de las muchas que conozco, no he visto ninguna que fuese corregida por el sabio valenciano que desempeñó el cargo de bibliotecario de Felipe V desde 1733 hasta 1740. Lo que se sabe de don Gregorio Mayans y Siscar, es que en 1737, por encargo del Barón de Carteret, escribió la *Vida de Cervantes* que va al frente de la edición impresa en Londres en 1738, la cual fué corregida por Pedro Pineda y no por Mayans. El mencionado corrector, que no llegó, como el sapientísimo crítico andaluz, a ser académico, ignorando que en el siglo XVI era frecuente callarse por elipsis la preposición *de* que regía *delante*, fué quien se tomó la libertad de añadir la preposición que dice que falta en la mentada cláusula el señor Rodríguez Marín, y quien también corrigió en el capítulo VI: «Y será bien quitarle a nuestro amigo este tropiezo y ocasión *de delante*», cuya enmienda, a pesar de leer las tres ediciones de Juan de la Cuesta y todas las antiguas «y ocasión delante», acepta como oro de ley el bibliotecario perpetuo de la Academia Española, rechazándola tanto en uno como en otro pasaje, por perniciosas y malas, en la edición de 1916. Yo apuesto doble contra sencillo al Aristarco andaluz, que no sabe cómo se llama esta figura en buen castellano.

En el capítulo XLV (pág. 170 del tomo IV), al comentar «Y quien lo contrario dijere, dijo don Quijote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces», hace saber el famoso crítico andaluz en nota, que Cervantes, «gramaticalmente, había de haber dicho

a quien.» Sólo a un académico de la talla de un Aretino se le puede permitir que corrija al más grande de los ingenios españoles, ya que, procediendo así, se le concede la palma de conocer las obras cervantinas mejor que quien las engendró.

No quiero aportar más pasajes aquí de los que el bibliotecario perpetuo de la Academia Española pone de manifiesto, para que los lectores vean, por vista de ojos, que Cervantes no pasaba de ser un mediano escritor, y que su obra maestra, como llaman al *Quijote*, si ha adquirido la fama universal que hoy tiene, más que a sus méritos, se debe a sus correctores, sobre todo al señor Rodríguez Marín, quien, debido a su buen celo, y saber más que Lepe de cosas tocantes a literatura clásica, ha dejado el texto de la maravillosa y sin par novela tan desfigurado de su prístino estado, que tengo para mí que hoy no le conociera el padre que le engendró y sacó de mantillas para legarlo a la Humanidad, si sólo para ello hoy resucitara. Son tantos y tantos los desaguisados y desafueros cometidos por el inconsecuente y veleidoso comentador andaluz en las inmortales páginas del maravilloso *Quijote*, unas veces so pretexto de enmendar yerros de imprenta, otras por su mala puntuación, y las más por no comprender ciertos pasajes y cláusulas, que su labor, a pesar de estar encubierta con los vistosos ropajes académicos y adornada con las galas de la adulación, no merece se le dé otro calificativo que el de desdichadísima.

En fin, pacientísimo lector, conténtate por hoy con lo que va expuesto respecto a la labor cervántica realizada por este dios y académico andaluz, que yo te prometo, cuando tenga ocasión y coyuntura, de darte a conocer más entuertos y maleficios cometidos en el texto cervantino por este nuevo Júpiter Tonante.

EL BACHILLER PEZUÑA

Compra-venda de llibres antics i moderns

LLIBRERIA BALAGUÉ

Palla, 13 i 15

BARCELONA



# Conmemorando

**T**ENGO ante mi vista una reproducción del cuadro de E. Oliva, «Cervantes, en sus últimos días, escribe la dedicatoria al conde de Lemos», y esta coincidencia con la fecha del aniversario de la muerte del gran ingenio complutense me incita a escribir estas cuartillas con algunos datos de su vida y de su muerte, que ofrendo, como humilde homenaje, a la memoria del autor del libro más ingenioso que se ha escrito en el mundo.

Precisamente casi por estos días, allá en el año 1616, el 19 de abril, o sea, cuatro antes de morir, escribió Cervantes la dedicatoria de «Persiles y Sigismunda»:

«Puesto ya un pie en el estribo  
con las ansias de la muerte,  
gran señor, ésta te escribo.»

Tenía en sus postreros días acabadas, o a punto de terminar, las «Semanas del jardín», el «Bernardo» y la segunda parte de la Galatea, y acabados ya los trabajos de Persiles y Sigismunda. Mas, de todas estas obras, la que únicamente se vió impresa fué la última, publicada al año siguiente de su muerte, por Doña Catalina, su mujer.

En la primavera de 1616 faltábale tan sólo al «Persiles» el Prólogo y la Dedicatoria, que Cervantes no había podido escribir por impedírselo la gravedad de sus males. A pesar de ello, y como, aunque desahuciado de los médicos, tenía algunos días de alivio, creyó encontrarlo para todos cambiando de aguas y de aires, y marchó a Esquivias, pueblo donde nació su señora y donde aun residían algunos parientes suyos, el día 2 de abril del mismo año. No consiguiendo su mejoría, sino todo lo contrario, decidió volver a Madrid antes de que se le acabase la vida, y entonces, no con un pie, sino con los dos en los estribos, camino de la muerte, fué cuando escribió la dicha dedicatoria.

Poco podemos decir de la muerte de quien, legando al mundo el más rico tesoro de belleza y espiritualidad, vivió sus últimos años de limosnas y murió casi abandonado. En el archivo de la iglesia de San Sebastián, de Madrid, en el folio 270 del libro parroquial de 1616, pueden leerse estas palabras: «En 23 de abril de 1616 años, murió Miguel de Cervantes Saavedra, calle del León. Recibió los santos sacramentos de manos del licenciado Francisco López; mandóse enterrar en las monjas Trinitarias, mandó dos misas de alma y las demás a voluntad de su mujer, que es testa-

mentaria, y el licenciado Francisco Martínez, que vive allí.» Efectivamente, el Príncipe de los Ingenios murió el día 23 de abril de 1616, coincidiendo su muerte con la del excelso poeta inglés, también gloria del mundo, que se llamó Shakspeare. Sus exequias fueron tan pobres, como fueron sus sesenta y nueve años de vida: ¡el que lo merecía todo!

Es creencia generalizada de que mandóse enterrar en las Trinitarias por haber pertenecido a esta Congregación, como monja profesa, su hija doña Isabel. Enterráronle en un nicho sin inscripción ni señal alguna de que reposase allí, e ignórase el sitio del monasterio en que está enterrado, cosa que se comprende fácilmente, si se tiene en cuenta que hasta fines del siglo XVIII no comenzó a preocupar a los españoles el secreto del enterramiento del Cautivo de Argel. Entonces, y no hasta esta época, revolvieron papeles, consultáronse anales, hiciéronse indagatorias, pero... no se consiguió nada: ¡tal había sido el abandono!

Durante la dominación francesa hubieron de practicarse nuevas pesquisas por el arquitecto don Silvestre Pérez y los médicos Luzuriaga y Morejón; pero con igual resultado negativo al obtenido hasta entonces.

Actualmente hay colocada una lápida en el altar mayor de las Trinitarias, que reza así: «En este Monasterio yacen Miguel de Cervantes Saavedra, doña Catalina Salazar, su esposa, y Sor Marcela de San Félix, hija de Lope de Vega.»

Vino también el *Fénix de los Ingenios españoles*, Félix de la Vega Carpio, a ser enterrado en el mismo Monasterio en que lo fuera Cervantes; pero así como en vida pudo triunfar y hasta burlarse el clérigo del hidalgo, enterrados ya, y aun a pesar de ignorarse el sitio en que reposan los restos del último, es fama de que los de Lope de Vega fueron sacados y arrojados fuera del Monasterio por un cura cerril, que quiso se enterrase en aquel sitio a un su pariente, con lo que aun los restos de Cervantes pudieron presenciar este macabro desahucio, considerándolo como su *primer triunfo material* sobre el privilegiado y protegido mal amigo suyo.

En distintas ocasiones, hablando de Cervantes he puesto de relieve el poco respeto, la mucha envidia y menguada estimación en que le tuvieron sus contemporáneos, y de ello da buena nota lo que dejo consignado en los anteriores párrafos. Fernández Navarrete dice: «Los contemporáneos



de Cervantes, que por haber presenciado u oído los sucesos de su vida pudieron escribirlos con exactitud, no sólo desdénaron el hacerlo, sino que, por su descuido y negligencia, se llegó al extremo de ignorar su verdadera patria.»

Llenas están, en parte, de razón las manifestaciones del señor Fernández Navarrete, pero afortunadamente no sucede con esto de la patria de Cervantes como con lo del sitio de su enterramiento: hoy puede asegurarse, de una manera categórica, que Alcalá de Henares es la patria del Manco inmortal, por estar plenamente demostrado.

Verdaderamente, hubo una ocasión en que varias poblaciones españolas tuvieron la pretensión de ser la patria de Cervantes y se lo disputaron como a hijo suyo. Como en Grecia disputábase siete ciudades el honor incomparable de ser la cuna de Homero, en España existen varias ciudades también que pretenden haber visto nacer al Cautivo de Argel. Alcázar de San Juan es, a este respecto, la más seria contrincante de Alcalá de Henares.

Contribuye en mucho a la creencia de Cervantes manchego, la existencia de una partida de bautismo de un Miguel de Cervantes Saavedra en la parroquia de Santa María la Mayor, de Alcázar de San Juan. Esta partida, conocida desde 1758, dióse por primera vez a la publicidad en 1766, certificándola don Pedro de Córdoba, teniente cura prior de la mencionada iglesia, y dice:

«En 9 días del mes de noviembre de 1558, bautizó el licenciado señor Alfonso Díaz Pajares, un hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina López, que le puso por nombre Miguel. Fué su padrino de pila Melchor de Ortega, acompañado de Juan de Quirós y Francisco Almendros y sus mujeres de los dichos.—El licenciado Alfonso Díaz.»

El referido don Pedro de Córdoba hizo constar en su certificación que al margen de dicha partida se hallaba la nota siguiente: «Este fué el autor de la «Historia de D. Quijote». La aseveración gratuita de dicha nota fué destruída poco tiempo después por documentos irrecusables que pusieron de manifiesto su natural falsedad.

El notable erudito benedictino Fray Martín Sarmiento, en su opúsculo inédito hasta 1898 y publicado entonces a expensas de don Isidro Bonsoms, en Barcelona, después de poner de manifiesto la afirmación hecha por el benedictino Haedo, amigo y contemporáneo del autor del «Quijote», argumenta de esta forma, tan persuasiva como bien expresada:

«Doy por cierta esa fe de bautismo; pero ni aun duda me queda de que no viene al caso de la

patria del famoso Cervantes. Atiéndase a las fechas —1547-1558—y a los once años de diferencia entre los dos. ¿A quién persuadirá ninguna que el Miguel de Cervantes de Alcázar de San Juan era soldado en edad de nueve años? ¿Que de diez u once era camarero del cardenal Acuaviva, en Roma? ¿Que de trece era ya soldado en la escuadra de Marco Antonio Colonna en el mar Mediterráneo?... La fe de bautismo del de Alcázar tiene contra sí la Cronología. Hay autor docto y coetáneo y familiar de Cervantes que lo confirma (el padre Diego de Haedo)»

Si se adoptase este mismo sistema de argumentación para todos los sucesos de la vida pública y particular de Cervantes, se encontrarían sólo anacronismos al referirse al que nació en Alcázar de San Juan en 1558. En cambio, todos resultarían en concordante exactitud al relacionarse con el Miguel de Cervantes Saavedra hijo del licenciado en Cirugía don Rodrigo de Cervantes Saavedra y de doña Leonor de Cortinas, que se bautizó en Alcalá de Henares el 9 de octubre de 1547.

En 1897, el insigne cervantista y archivero de la Academia de la Historia, don Cristóbal Pérez Pastor, publicó una recopilación de documentos históricos, y en la página 65 del primer tomo se inserta una petición de Cervantes que es toda de puño y letra de éste, dirigida al Corregidor de Madrid, documento más que sobrado para demostrar la verdadera patria del autor de las «Novelas Ejemplares», y que textualmente dice:

«Ilustre Sr.: Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares, residente en esta corte, digo: que a mi derecho conviene probar y averiguar con información de testigos de como yo he estado cautivo en la ciudad de Argel y como soy rescatado y lo que quedé a deber de él y como yo salí a pagarlo a cierto tiempo. A vuestra merced pido y suplico mande que los testigos que presentaré se examinen a tenor de este pedimento; y lo que dijeren y depusieren, escrito en limpio, en pública forma en manera que haga fe, me lo mande dar para en guarda de mi derecho. Pido justicia y para lo cual, etc., etc.—Miguel de Cervantes.—Madrid, 18 de diciembre del año 1580.»

También han argumentado, los que han defendido al Cervantes de Alcázar, que el Cervantes de Alcalá debió llamarse Cervantes y Cortinas, puesto que éste era el apellido de su madre. Mas el mismo señor Pérez Pastor, en el citado tomo, página 135, publica otro documento, en el que, según confesión de la hermana de Cervantes, doña Magdalena, el padre del héroe de Lepanto se llamaba Rodrigo de Cervantes Saavedra, por lo que adoptó



los dos apellidos de su padre, cosa entonces muy frecuente.

Además, don Agustín de Montiano, que tomó con gran empeño depurar la verdad en este importante asunto, llegó a encontrar la verdadera partida de bautismo, de la cual hizo sacar copias. He aquí el preciado documento :

«Yo el Doctor Don Hermenegildo Lapuerta, Canónigo de la Santa Iglesia Magistral de San Justo y Pastor en esta ciudad de Alcalá, y Cura propio de la parroquial de Santa María la Mayor de ella, certifico : que en uno de los libros de partidas de bautismos de la referida parroquia, que dió principio en el año 1533, y concluyó en el

de 1550, al fol. 192, vuelto, hay una partida del tenor siguiente :—Partida.—En domingo 9 días del mes de octubre, año del Señor de 1547 años fué bautizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes, y su mujer Doña Leonor ; fué su compadre Juan Pardo : bautizole el Reverendo señor Bachiller Serrano, Cura de Nuestra Señora : Testigo Baltasar Bazquez, sacristán y yo que le bautizé y firmé de mi nombre.—Bachiller Serrano.—Concuerda con su original, que queda en el archivo de esta Iglesia y en mi poder, a que me remito, y por la verdad lo firmé en Alcalá, en 10 días del mes de Junio de 1765.—Doctor Don Hermenegildo Lapuerta.»

EZEQUIEL ORTIN

## “Persiles y Sigismunda”

CON estos comentarios nos proponemos hacer un sucinto estudio de «Persiles y Sigismunda». Estamos seguros de que nuestros juicios producirán el enojo de los intelectuales que no quieren saber nada de esta novela cervantina, tan poco apreciada en estos tiempos por culpa de ellos mismos. Pero ya que es misión de CRONICA CERVANTINA estudiar la obra de Cervantes en general, silenciar nuestras convicciones parecería temor a la crítica o asentimiento a las opiniones ajenas, con las que en parte no estamos de acuerdo.

Un ilustre escritor de «La Vanguardia» decía meses atrás, referente a este libro : «Obra que ya no lee nadie desde hace siglos, a pesar de que, según el propio Cervantes, había de ser el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, aunque no es una cosa ni otra, sino una pura mediocridad, con fugaces destellos que revelan la incomparable pluma de donde salían.» Esta es la creencia de muchos que han leído eso y otras cosas por el estilo, sin tomarse el trabajo de averiguarlo en la misma fuente cervantina ; la nuestra es que, desde luego, este libro no es el mejor que se ha compuesto en lengua castellana, pero tampoco el peor, y que de ningún modo puede considerarse como una mediocridad : es, sencillamente, una obra buena, aunque sin elementos trascendentales que pudieran hacerla

famosa, caso en el que se encuentran tantas otras de autores insignes.

«Persiles y Sigismunda» es la obra póstuma de Cervantes ; y, por eso, acaso necesitó un esfuerzo de voluntad para terminarla, sobreponiéndose al decaimiento que la cruel enfermedad le producía. Sin embargo, aún halló tiempo para escribir la famosa dedicatoria a su protector, el conde de Lemos :

Puesto ya el pie en el estribo,  
con las ansias de la muerte,  
gran señor, ésta te escribo...

¿En qué época fué escrita esta novela? Ya en 1613, al sacar a luz las «Novelas Ejemplares», dice Cervantes en el Prólogo : «Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los «Trabajos de Persiles», libro que se atreve a competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza.» Lo que hace suponer que en aquella fecha trabajaba Cervantes, a un tiempo, en «Persiles» y en la segunda parte del «Quijote», prometeda desde 1605. Pero el hombre propone y Avellaneda dispone : en 1614 aparece su lamentable «Segundo tomo del Ingenioso hidalgo», cuando Cervantes no había pasado del capítulo LIX de dicha segunda parte, obligándole a terminarla—lo que en cierto modo es de agradecer a Avellaneda—



y dejando para mejor ocasión «Los Trabajos de Persiles y Sigismunda», cuya impresión no terminó hasta el 15 de diciembre de 1916.

Tratándose de una novela de aventuras—Historia septentrional la denomina Cervantes—, es natural que estuviese de acuerdo con el gusto literario de su tiempo, muy desorientado a la sazón, y que por razón de su finalidad, no contuviese elementos exteriores que fueran susceptibles de trascender a otras épocas. Por eso se afirma, sin otra causa que lo justifique, que el hecho de ser escasas las ediciones que ven la luz en nuestros días, que ya nadie lee esta obra cervantina. Si se leyó, si gustó y triunfó cuando había ambiente para ello, bastaría esto sólo para tenerla en alta estimación. Sin embargo, no son tan escasas como pudiera suponerse las ediciones modernas de «Persiles y Sigismunda»; las de antaño, bien numerosas por cierto. Creemos que no hay ningún sincero admirador de las creaciones cervantinas que no posea un ejemplar. Porque si es interesante conocer los amores y las aventuras de Periandro y Auristela, lo es mucho más abrir el libro y saborear una bella frase, un pensamiento profundo, y recrearse con la dicción impecable; de tal modo, que, aun leyendo sin conocer al autor, habríamos de decir: aquí está Cervantes.

Por lo que se refiere al argumento, su valor está en la descripción de los episodios, algunos de los cuales fueron entresacados por autores de fama para asuntos de sus comedias; el conjunto, muy real si se considera desde el punto de vista de las pasiones humanas, pero ilógico en cuanto a los hechos relatados. En efecto, como puede comprobarse estudiando todo su teatro, Cervantes se preocupa más del aspecto dramático, de lo que puede impresionar al lector o espectador, que de un desarrollo demasiado metódico de la trama. La descripción de escenas de cautivos en Argel parece obsesionar a Cervantes y, como en muchas de sus comedias y novelas, en la que comentamos no falta tampoco un relato de esta clase.

¿Se inspiró Cervantes en Heliodoro al plantear su obra? A nuestro parecer, antes rompiera la pluma que escribir cosa contraria a su genio creador. A los que así opinan tomando pie de las mismas palabras, dichas ingenuamente, de que «se atreve a competir con Heliodoro», les brindamos estas otras del Prólogo de las «Novelas Ejemplares»: «A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinación, y más que me doy a entender (y es así) que yo soy el primero que ha novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son tra-

ducidas de lenguas extranjeras, y éstas son más propias, no imitadas ni hurtadas; mi ingenio las engendró y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa». «Teágenes y Clarclea» no tienen ningún punto común con «Persiles y Sigismunda», a no ser en el aspecto amoroso, que con formas varias existió siempre en la novela y en la historia de todos los tiempos.

Véase ahora cuán superficialmente se ha estudiado esta obra y con cuánta ligereza han opinado algunos críticos. Se le ha supuesto a Cervantes un desconocimiento absoluto de la Geografía por abstenerse de citar los nombres de los países donde se desarrollaban los sucesos, y vamos a demostrar que, por el contrario, sabía lo suficiente para no escribir a humo de pajas, aunque no somos de los que le atribuyen los conocimientos de todas las ciencias.

Un crítico eminente escribió en estos o parecidos términos: «Se suponen a Cervantes conocimientos geográficos, si no exactos, bastante extensos, y en «Persiles» sólo cita doce lugares, de los que no hemos podido comprobar algunos de ellos.»

En una época en que la Cartografía apenas comenzaba a desarrollarse con datos algo exactos—Mercator dió a conocer la carta de Europa en 1554, el mapa marino en 1569 y el nuevo Mapamundi en 1587—, en que las regiones polares eran casi totalmente desconocidas, hablar de unos territorios de los que sólo se tienen nociones fragmentarias, revela que se ha estudiado hasta el límite posible.

Pero, en primer lugar, «Persiles» no es una obra de ciencia geográfica, y no había por qué detallar lo que aun no era completamente conocido por los hombre dedicados a ella; para comprender esto hemos de situarnos por un momento en la época en que vivió Cervantes; y, en segundo término, puede decirse, siguiendo el itinerario de los protagonistas, que son identificables todos los lugares citados en la novela, a pesar de la diferente ortografía con que aparecen y a pesar del cambio de denominación.

Tule es el punto de partida de la leyenda; Polibio; Piteas y Séneca habían descrito esta isla muy inciertamente; Virgilio la considera como la última del mundo; y Cervantes escribe: «Volvió a repetir Seráfido cómo la isla de Tile o Tule, que agora vulgarmente se llama Islanda, era la última de aquellos mares septentrionales». Es verosímil que si conocía la situación de Islandia y otras particularidades de la región Ártica, conociera también todo lo investigado de aquellos archipiélagos. Estos detalles son secundarios para nosotros; porque no



se valora una producción por la capacidad del autor en determinado sector del saber, sino que se han de apreciar las pequeñas y las grandes partes que constituyen el todo.

Véase este fragmento de «Persiles»: «La historia, la poesía y la pintura se simbolizan entre sí y se parecen tanto, que cuando escribes historia, pintas; y cuando pintas, compones; no siempre va en un mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes y magníficas, ni la poesía conversa siempre por los cielos; bajezas admite la historia, la pintura yerbas y retamas en sus cuadros, y la poesía tal vez se realza cantando cosas humildes.» Nada más cierto; lo sublime, a veces, se esconde en la más insospechada bagatela.»

Los magníficos pensamientos que a modo de sentencias contiene esta novela, expuestos, naturalmente, sin propósito de que parezcan tales, infiltrados en el texto como adorno del relato,

prestan a la misma una amenidad e interés que no decaen; es eso lo que llamaríamos espíritu del autor, lo verdaderamente original, lo que unas veces en su estado y otras transfigurado por los no aptos para pensar por su cuenta, recorre los ámbitos del mundo como elemento de la verdad única. Ingéniense los detractores, acaso de buena fe por no profundizar debidamente; busquen el punto flaco para sus comentarios, que nosotros les haremos ver la sinrazón sencillamente, recomendándoles la lectura de un capítulo completo. Y no olviden, como hemos dicho, situarse en una época en la que existían corsarios y esclavos, y en la que donde faltaba la ley, sobraba la barbarie.

En resumen, salvo mejor parecer, esta obra puede y debe figurar dignamente al lado de las demás del autor del «Quijote».

ANTONIO MALDONADO RUIZ



# LIBRERIA DUBA

## LIBROS DE TEXTO

*Compra y venta  
de toda clase  
de libros na-  
cionales y  
extranjeros*

Aribau, 17 - Tel. 31.659  
**BARCELONA**

*Extenso surtido  
en Literatura,  
Arte, Medicina,  
Derecho,  
Música, etc.*



# Llibreria ROYO

LLIBRES ANTICS I MODERNS

ES COMPREN  
GRANS I PETITES  
BIBLIOTEQUES, PAGANT AL  
COMPTAT EL PREU  
MÀXIM

}

Rambla Santa Mònica, 14  
Telèfon 23.862 - BARCELONA

# ENCICLOPEDIA GRÁFICA

Se publica en fascículos  
bimensuales, profusa y  
prodigiosamente ilustra-  
dos. Materias completas.

Acaban de aparecer:  
**Valencia, Suecia, Buenos Aires**

En breve:

**Burgos, La Mancha, El Quijote,  
La Alhambra, La Moneda etc.**

Fascículo suelto, 1,50

Suscripción a 12 núms., plas. 18

**Editorial Cervantes**  
Avenida Alfonso XIII, 382 - BARCELONA

**L'ARXIU** LLIBRERIA de  
Joan B. Batlle  
COMPR A I VEND A Via Diagonal, 442  
DE LLIBRES VELL S BARCELONA

## BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA de ediciones del QUIJOTE

impresas desde 1605 hasta 1917,  
recopiladas y descritas por  
JUAN SUÑÉ BENAGES y  
JUAN SUÑÉ FONBUENA

Obra, según dice D. Emilio Cotarelo  
y Mori en sus *Últimos Estudios Cer-  
vanticos*, «la más completa y exacta  
de las publicadas, y libro indispen-  
sable de todo cervantista».

Un volumen en cuarto mayor, de XXXI 485  
páginas, ilustrado con profusión de facsimi-  
les de portadas de ediciones del QUIJOTE.

15 pesetas

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA

## Librería Lux Librería Central

Compra-Venta

Compra-Venta

Aribau, 26 - Teléf. 72621

Muntaner, 42 - Tel. 32617

BARCELONA

PASAMOS A DOMICILIO DENTRO Y FUERA DE LA CIUDAD

## Frasesología de Cervantes

Colección de frases, proverbios,  
aforismos, adagios, expresiones  
y modos adverbiales que se  
leen en las obras cervantinas,  
recopiladas y ordenadas por  
JUAN SUÑÉ BENAGES  
continuador de la edición crítica del  
Quijote de D. Clemente Cortejón,  
y premiado por la Real Academia  
de Buenas Letras de Barcelona.

**EDITORIAL LUX**  
Muntaner, 42 - BARCELONA



# JOSÉ PORTÉ

## LIBRERO

MONTESIÓN, 3 BIS, PRINCIPAL

Apartado de Correos 574  
Teléfono 16.792

BARCELONA

Direc. telegráfica y cablegráfica:  
PORTELIBER

*Libros raros, Antiguos y Modernos,  
españoles y extranjeros*

INCUNABLES • MANUSCRITOS, ESPECIALMENTE EN LENGUAS  
ROMÁNICAS Y CON MINIATURAS • OBRAS AGOTADAS.  
IMPRESIONES ARTÍSTICAS Y LIMITADAS,  
MODERNAS • ENCUADERNACIONES AR-  
TÍSTICAS E HISTÓRICAS • DIBUJOS.  
AUTÓGRAFOS • GRABADOS.  
CERVANTINA



*Gran surtido de obras de estudio:  
Arqueología, Bellas Artes, Derecho, Medicina, Religión, etc.*

### INFORMACIONES BIBLIOGRAFICAS GRATUITAS

Se solicita de los señores Bibliotecarios y Bibliófilos,  
listas de obras que precisen y especialidades que cultiven.

### SE ENVIAN GRATIS CATALOGOS DE OBRAS EN VENTA

Se envía gratis, a quien lo solicite, el boletín periódico COMPRA, especial-  
mente creado para la busca de obras raras o agotadas, en el cual vienen descri-  
tos centenares de artículos que compramos y pagamos a muy buenos precios.

**Se compran al máximo precio  
Bibliotecas y lotes de libros**





EL  
INGENIOSO  
HIDALGO DON  
QUIXOTE DE LA  
MANCHA.

COMPUESTO POR  
*Miguel de Cervantes Saavedra.*

DIRIGIDO AL DUQUE  
de Bejar, Marques de Gibraleon, Conde  
de Benalcazar, y Bañares, Vizconde  
de la Puebla de Alcozer, Señor  
de las villas de Capilla,  
Curiel, y Burguillos.



EN BRUSSELAS,  
Por ROGER VELPIVS Impresor de  
sus Altezas, en l'Aguila de oro, cerca  
de Palacio, Año 1607.

*Facsimile de la portada de la edición de Bruselas de 1607*





**EDICIONES DEL QUIJOTE**  
PUBLICADAS POR LA  
**EDITORIAL MAUCCI**  
DE BARCELONA

***DON QUIJOTE  
DE LA MANCHA***

*POR*

***MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA***

Edición EXCELSIOR. — Un tomo de 600 páginas, a dos columnas, tamaño folio 22 por 32, con un conjunto de 683 grabados al boj, y notas de Don Juan Eugenio Hartzenbusch, adicionado con el EL BUSCAPIE, impreso en papel satinado y claros caracteres. — Un tomo encuadernado en piel y tela con plancha dorada, **25 pesetas**. En rústica, con cubierta en tricromía, **15 pesetas**.



**DON QUIJOTE  
DE LA MANCHA**

*POR*

**MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA**

Novísima edición del Centenario, en papel Biblia y tipos nuevos y clarísimos. — Un volumen 16 por 11 y 2 de grueso, de 928 páginas, y 265 gramos de peso, en tela flexible, **6 pesetas**.

**DON QUIJOTE  
DE LA MANCHA**

*POR*

**MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA**

Edición popular y económica con láminas. — Dos tomos 18 por 13, de 928 páginas, **4 pesetas** en rústica y **7** en tela.